

A propósito de la cultura, el lenguaje y la guerra

Concerning the culture, language and war

Recibido: 19 de octubre de 2017 - Aceptado: 6 de diciembre de 2017 - Publicado:

Forma de citar este artículo en APA:

Orrego Vahos, O. D. (enero-junio, 2018). A propósito de la cultura, el lenguaje y la guerra. *Poiésis*, (34), 124-132.

DOI: <https://doi.org/10.21501/16920945.2792>

Owuer Davis Orrego Vahos*

Resumen

A lo largo del escrito se refieren y analizan tópicos alusivos a la articulación entre en el lenguaje y la guerra. Se parte de un acercamiento a la condición humana, el lenguaje como condición de posibilidad de lo humano y finalmente el lenguaje como poderoso instrumento de guerra, tema que engloba la esencia del texto. En términos generales, se puede plantear que si bien el ser humano ha creado una cultura que le ha posibilitado dar el paso de la naturaleza hacia el mundo del lenguaje, es precisamente esta dimensión del lenguaje la que le ha servido como una poderosa arma de destrucción, de violencia, de terrorismo, de medio a través del cual ha podido hacer la guerra contra sus enemigos y conciudadanos, posibilitándose a su vez la vivencia de los llamados "tiempos interesantes". A través de las órdenes, la propaganda, la influencia, la siembra del terror, las ideologías y la significación del enemigo es que se ha hecho posible la manifestación de las tendencias pulsionales agresivas propias de la naturaleza humana, naturaleza expresada en el lenguaje, ése que ha llevado al hombre a cuestionar su nivel de civilización, ése que, paradójicamente, lo ha hecho humano.

Palabras clave:

Condición humana; Cultura; Guerra; Lenguaje.

* Estudiante octavo semestre del pregrado en Psicología de la Universidad Católica Luis Amigó, Medellín-Colombia.
Correo electrónico: owuer.orregova@amigo.edu.co. Texto escrito en homenaje a Natalia Arias Delgado & Nicolás Uribe.

Abstract

In this text topics allusive to the articulation between the language and war are referred and analyzed. It starts from an approach to the human condition, language as a condition of possibility of the human and finally language as a powerful instrument of war, the main topic of the text. In general terms, it can be said that although the human being has created a culture that has made it possible for him to take the step of nature into the world of language, it is precisely this dimension of language that has served as a powerful weapon of destruction, violence and terrorism, a means through which he has been able to wage war against his enemy and fellow citizens enabling the experience of the so-called "interesting times". Through orders, propaganda, influence, the sowing of terror, ideologies and the significance of the enemy is that it has become possible to manifest the aggressive drive tendencies of human nature, nature which is expressed in language, that what has led him to question his civilization's level, that which paradoxically, has made him human.

Keywords:

Culture; Human condition; Language; War.

A propósito de la cultura y la condición humana

Son innegables cualidades y virtudes en el ser humano que han permitido concebirlo como un ser pensante, racional, digno, grande, excelso, civilizado; un ser que en algún momento de su vida ha deseado e incluso ha tenido una condición de dios. Ello sin dejar de lado los sistemas simbólicos que le han permitido pensarse, interpretar su mundo, y fundamentalmente, dar el paso de la naturaleza a la cultura.

Al respecto, Freud muestra que el hombre al hacer ciencia supera muchas de sus limitaciones biológicas al crear, por ejemplo, el microscopio y el telescopio para aumentar su capacidad visual; el teléfono, el megáfono, la radio y la televisión como medios que sirven para amplificar el sonido y la capacidad comunicativa humana, artefactos o “prótesis” que, en términos generales, le han permitido adquirir la condición de “semidioses” a los hombres mismos (Freud, 2002).

La condición humana se fundamenta en el paso que hace el hombre de la naturaleza a la cultura, producto exclusivamente humano creado con el fin de hacer frente a condiciones medioambientales como el frío, el calor, la necesidad de protección, defensa y resguardo que en algún momento se le presentaron al hombre primitivo; condiciones que demandaron de este ser, el despliegue de sus habilidades y características evolutivas, la puesta en escena de su inteligencia práctica y creativa y la creación y posterior uso de herramientas que le permitieron transformar la realidad del mundo natural. En definitiva, el hombre creó vestimentas, casas y armas rudimentarias para protegerse, cazar y atacar a otros animales en aras de su supervivencia.

Ahora bien, la creación de la cultura por el hombre no se redujo solo a elementos que le brindaron protección y supervivencia frente a las condiciones de la naturaleza, sino que además fue dirigida hacia la creación de sistemas de orden social, político y religioso como condiciones que posibilitarían la vida en un círculo social, en una comunidad humana incipientemente interesada por lo subjetivo, por aspectos como la existencia, el sentido, la esencia, por su paso y estadía en la tierra; por su lugar en el mundo (Tylor, 1871, citado en Kahn, 1975).

Este interés del hombre tanto por sí mismo como por su mundo, probablemente lo llevó a considerar entidades más allá de lo corporal, entidades metafísicas hoy conocidas como el alma o los espíritus. A su vez, con ello se posibilitó la creación de la religión al interior de la cultura humana como un importante y trascendental sistema simbólico para el individuo. Desde entonces, este sistema le permitió al ser humano, como dice Freud (2002), hacerse a una experiencia subjetiva referida al deseo e ilusión de eternidad, algo así como “una vida más allá de la muerte”; una existencia para esa alma o espíritu en tanto el hombre se hizo consciente de su propia muerte corporal.

Así pues, tanto la creación de la religión como el advenimiento de la ciencia, ambos elementos se constituyeron como propios de la cultura humana, aspectos diferenciadores del hombre frente a los demás animales, invenciones que le han permitido dar el paso desde un mundo natural a otro regido por las leyes del lenguaje, el mundo de la cultura, el mundo de la “civilización”.

Ahora bien, a pesar de todas las cualidades por las que se ha reconocido al humano, especialmente por la cultura, se debe plantear que este ser presenta y preserva una dimensión animalesca, primitiva, brutal, cruel, no pensante, irracional, indigna, incivilizada, y por qué no decirlo, totalmente inhumana; una dimensión que bien podría presentarse bajo el nombre de la tendencia pulsional agresiva y destructiva; ése lado oscuro, encerrado, tenebroso, nefasto, peligroso y criminal, esa parcela humana que se esconde en los más recónditos calabozos de su ser, dimensión que a lo largo de la historia se ha evidenciado en todas y cada una de las grandes guerras de la humanidad, sobretodo, durante el pasado Siglo XX.

Al respecto, si se hace el ejercicio de repensar estos llamados “tiempos interesantes” (Feinmann, 2008 citado en Nájera, 2008), como vaticina una maldición china, es posible hallar que las tendencias agresivas del individuo se han expresado, desde siempre, en los vínculos establecidos con sus semejantes y enemigos allí cuando violan, torturan, secuestran, asesinan y llevan a cabo eventos terroristas, actos vejación y odio hacia su propia especie. Actos que demuestran la capacidad y la tendencia del ser humano de causar dolor tanto a sí mismo como a los demás; asuntos que resultan incompatibles con el elevado nivel cultural y de civilidad alcanzados en los tiempos modernos, en los cuales, como es evidente, la barbarie no desaparece y coexiste junto con los comités de ética y sus protocolos de guerra del Derecho Internacional Humanitario. En este sentido pues, tiene validez la afirmación freudiana que plantea las relaciones entre los humanos mismos como la mayor causa de su sufrimiento, malestar, dolor e infelicidad, incluso más que los desastres naturales y la fragilidad del cuerpo biológico (Freud, 2002).

No obstante, a diferencia de otros animales, y para fortuna tanto de sí mismo como de su comunidad, el ser humano ha desarrollado los mecanismos de la sublimación y la represión; ha podido regular su tendencia estructural agresiva como resultado de su inserción y pertenencia a una horda humana primitiva, institución actualmente encarnada en la familia.

Esta familia ha transmitido los preceptos morales que la humanidad ha establecido bajo la forma de leyes simbólicas, leyes que exigen una renuncia pulsional a sus miembros, a saber, la prohibición del incesto y del parricidio (Freud, 1912). Además, a través del paso por el programa de la escuela (institución socializadora básica junto con la familia), se espera humanizar las tendencias primitivas de cada nueva generación por medio de refuerzos, castigos, modelamiento y pautas normativo-punitivas; un saber propio del conductismo y heredado por la Psicología.

En suma, a este complejo proceso de humanización, crianza y educación del individuo han de agregarse el desarrollo de expresiones artísticas tales como la música, la literatura, la pintura, el teatro, y, por supuesto, las anteriormente enunciadas ciencia y religión como creaciones necesarias para la vida del humano mismo en una sociedad mínimamente civilizada.

El lenguaje, la condición de posibilidad de lo humano

La invención de la cultura y el alcance de la civilización fue y ha sido posible a través del lenguaje; aspecto indudablemente propio y diferenciador del hombre frente a otros seres vivientes (Manrique, 2010).

En este sentido, si bien el ser humano presenta una condición animal como ser vivo y biológico, este escapa a algunas de las leyes de la naturaleza, leyes encarnadas fundamentalmente en el instinto, ese saber transmitido de generación en generación y que vale para cada uno de los miembros de la especie, una determinación biológica de la conducta que tiene como fin la supervivencia de los mismos (Manrique, 2010; Martínez, 2015). No obstante, como se ha mencionado, el ser humano comienza su escape de las leyes de la naturaleza en el momento mismo en el que el instinto se asocia al lenguaje, al plano de los signos y los símbolos, a ese aspecto humano diferenciador que se encarga de establecer leyes artificiales, regulaciones, prohibiciones y normas morales; el momento en el que es posible la pulsión, el impulso que rige la vida anímica y conductual del ser humano según las concepciones freudianas, ése instinto trastocado por lo cultural, trastocado por el lenguaje (Freud, 1976, citado en Manrique, 2010).

En este sentido entonces, se concibe el lenguaje como la condición de posibilidad de lo humano, aquello que humaniza al hombre en tanto que puede expresar, sentir, experimentar, generar y recibir significados que le permiten actuar frente a otros, aquello que de manera grandiosa le ha permitido dar el paso de la naturaleza a la cultura, pues, entre otras cosas, permitió crear una regulación para la vida sexual que no existe entre los demás animales; a saber, la posibilidad de representar ciertos actos sexuales como prohibidos, precisamente aquellos que implican tomar como objeto sexual a un mismo miembro de la familia, tribu o clan al que se pertenece. Es decir, tal y como lo afirma Levi-Strauss (1969), el lenguaje permitió crear la ley de la exogamia, aquella que prohíbe buscar pareja al interior de la familia y que hoy se conoce como la prohibición del incesto.

El lenguaje como poderoso instrumento de algunos fenómenos de la guerra

A lo largo y ancho de la historia, y específicamente en el campo de la guerra, el lenguaje ha sido un elemento, instrumento y arma de incalculable poder con la cual el ser humano se ha permitido perseguir, acorralar, combatir, y de manera consecuente, acabar con otros seres humanos.

El lenguaje, tanto en su dimensión verbal, no verbal y simbólica, ha sido usado por el hombre como un dispositivo bélico propio de los últimos grandes acontecimientos históricos y devastadores de la humanidad. Acontecimientos plagados por la violencia, uno de los fenómenos más conocidos dentro de la guerra y que puede ser entendido como “una especie de agresividad distinguida por su malignidad, su ilegalidad y/o su ilegitimidad” (Alonso-Fernández, 1994, p. 44). Violencia entendida como la intención del ser humano de causar daño físico y/o psicológico a otro individuo; violencia

que, al interior de la guerra, le ha posibilitado al hombre una satisfacción pasajera a sus pulsiones retenidas, trasgrediendo toda moral y ética de los Estados y Naciones, acciones que cuestionan la hasta ahora conseguida “sociedad civilizada” (Freud, 2002).

Ante todo, el hecho que los hombres intelectuales y civilizados hayan sucumbido a la guerra, se debe esencialmente a una excitación sentimental que ha despertado afectos tan nefastos como el odio hacia sus conciudadanos, ello atado a una credulidad incuestionable de las ideologías, los nacionalismos e incluso de los líderes entronizados en el poder; líderes que han poseído la capacidad de manipular el psiquismo de las masas a través de poderosos mecanismos de influencia tales como la propaganda terrorista, la desinformación, la mentira, la generación de miedo y terror, y, a la larga, la exigencia de una obediencia por parte de la masa, obediencia que ha alcanzado sus máximas expresiones en el terreno de las grandes guerras mundiales (Alonso-Fernández, 1994; Álvarez, López & Ortego, s.f; Freud, 2002).

Ahora bien, para analizar y comprender la articulación entre los conceptos de “guerra y lenguaje”, es necesario establecer las condiciones de posibilidad de usar el lenguaje mismo como un arma de guerra y destrucción. Dentro de estas condiciones se encuentran la necesaria existencia de un líder, una ideología y un conjunto de individuos que se van a encargar de circundarlo. Individuos que le van a procurar una ciega obediencia a través de la identificación y posterior legitimación de sus designios, ello a costa de “des-responsabilizarse” e incluso justificarse por cualquier acto bélico, violento, agresivo y/o terrorista que puedan cometer en tal estado de cosas (Álvarez, López y Ortego, s.f).

A modo ilustrativo, se puede evidenciar la destrucción a causa de la influencia del lenguaje y la obediencia en la Alemania Nazi de los años 30´s y 40´s.

Hitler, líder de la poderosa nación alemana desde el año 1933, teniendo como máxima la idea que existen “razas” inferiores y superiores, señalaba a los judíos como esa raza que debía ser llevada al exterminio en tanto era una amenaza para los ideales religiosos, morales y económicos de la Alemania no judía e incluso para toda Europa misma. Poco a poco, el discurso de guerra de este líder fue permeando y teniendo efectos en sus seguidores “arios” que prontamente comenzaron a buscar, perseguir, concentrar, odiar y asesinar a los judíos como si este discurso fuese una orden imperiosa, de ciego cumplimiento; una orden justificada en que ésa “raza” podría acabar con la nación.

En este caso ilustrativo, puede colegirse el mecanismo lingüístico que tuvo su influjo en el séquito Nazi; este mecanismo fue nombrar a los judíos como raza inferior, como una amenaza. Posteriormente se infundió terror sobre las consecuencias de no extinguirlos, ello a través de la propaganda Nazi en los diarios y la radio bajo las órdenes del ministro mano derecha de Hitler, Joseph Goebbels. Individuo que además aplicó el saber creado por el conductismo en esta propaganda, saber consistente en presentar estímulos aversivos de manera repetida con el fin de generar respuestas emocionales en los espectadores; propaganda con la cual se manipuló ideológicamente a millones de alemanes para exacerbar los sentimientos de odio y xenofobia hacia los judíos.

El experimento de la Prisión de Stanford ha sido otro ejemplo de la maldad y vejación humana a propósito del lenguaje y la influencia social. Este experimento, dirigido por el psicólogo norteamericano Philip Zimbardo, buscaba estudiar el comportamiento humano bajo la hipótesis que cualquier individuo puede cometer actos violentos si se dan ciertas condiciones creadoras de una situación. Con tal propósito, hacia 1971 Zimbardo convirtió los sótanos del Departamento de Psicología de la Universidad de Stanford en una cárcel experimental. Fueron reclutados estudiantes voluntarios con una aparente vida normal para asumir los roles tanto de criminales (prisioneros) como los de guardias; también se estableció un director de experimento, que naturalmente fue Zimbardo. A las pocas horas de iniciarse la situación en la prisión, cada sujeto fue asumiendo e identificándose con el rol inicialmente adjudicado por el investigador. Prueba de ello fue la transformación que comenzaron a experimentar los guardias al perder la sensibilidad y compasión por los prisioneros. En seguida, los guardias comenzaron a utilizar lentes de sol que no permitieron el contacto visual y un lenguaje humillante y bélico; un lenguaje expresado en una actitud autoritaria llevándose las manos hacia atrás al estilo del comandante que pasa revista a su tropa.

De otro lado, a los prisioneros se les fue despojada su cualidad humana a través de números en los trajes de prisión, que en adelante serían sus nuevas identidades. Rápidamente, y bajo la obediencia e influencia del director y alcaide de la prisión, los guardias comenzaron a maltratar, humillar y torturar a sus prisioneros, a la vez que éstos asumían una posición pasiva y de humillados; no valió cualquier intento de sublevación por parte de estos. Finalmente, algunos de los prisioneros no aguantaron tales condiciones de malos tratos y tuvieron que ser retirados; les ganaba la tortura psicológica; el experimento había terminado.

En definitiva, el experimento de la Prisión de Stanford posibilitó observar cómo una persona aparentemente normal, puede llegar a cometer actos humillantes y de maldad frente a otro. Se parte de una situación de autoridad creada, la identificación a los roles asignados por un líder y la evidencia de cómo opera simbólicamente en el psiquismo, el hecho de ser partícipes en un estudio científico como el realizado, hecho, en sí mismo, des-responsabilizador de los individuos en nombre de la ciencia.

Precisión final

A lo largo del escrito se han referido y analizado tópicos alusivos a la articulación entre en el lenguaje y la guerra, partiendo de un acercamiento a la condición humana, el lenguaje como condición de posibilidad de lo humano y finalmente el lenguaje como poderoso instrumento de guerra, tópico que engloba la esencia de las referidas líneas. En términos generales, se puede plantear que si bien el ser humano ha creado una cultura que le ha posibilitado dar el paso de la naturaleza hacia el mundo del lenguaje, de lo simbólico, al mundo de la civilización, es precisamente esta dimensión del lenguaje la que le ha servido como una poderosa arma de destrucción, de violencia, de terrorismo, de medio a través del cual ha podido hacer la guerra contra su enemigo y contra sus conciudadanos, posibilitando la vivencia de los tenebrosos “tiempos interesantes”. Por medio de las órdenes, la propaganda, la influencia, la siembra del terror, de las ideologías y de

la significación del enemigo es que se ha hecho posible la manifestación de las tendencias pulsionales agresivas propias de la naturaleza humana, naturaleza expresada en el lenguaje, ése que ha llevado al hombre a poner en duda su nivel de civilización, ése que, paradójicamente, lo ha hecho humano.

Conflicto de intereses

El autor declara no tener conflictos de interés relacionados con este artículo.

Referencias

- Alonso-Fernández, F. (1994). *Psicología del terrorismo. La personalidad del terrorista y la patología de sus víctimas*. 2 ed. Barcelona, España: Ediciones científicas y técnicas.
- Álvarez, M., López, S., Ortego, M. (s.f). Tema 8. Los grupos. Ciencias Psicosociales I. Universidad de Cantabria. Recuperado de http://ocw.unican.es/ciencias-de-la-salud/ciencias-psicosociales-i/pdf-reunidos/tema_08.pdf
- Lévi-Strauss, C. (1969). *Las estructuras elementales del parentesco*. Recuperado de <https://antropologiapoliticaenah.files.wordpress.com/2014/10/ap-levi-strauss.pdf>
- Manrique, H. (2010). ¿Biología o cultura?. *Revista Electrónica de Psicología Social "Poiésis"*, (20), 1-8. Recuperado de <http://www.funlam.edu.co/revistas/index.php/poiesis/article/view/37/10>
- Martínez, J. (2015). Acerca de lo natural en el hombre: reflexiones a propósito de los conceptos de instinto y pulsión en el Psicoanálisis. *Revista Electrónica de Psicología Social "Poiésis"*, (29), 1-6. Recuperado de <http://www.funlam.edu.co/revistas/index.php/poiesis/article/view/1546/1321>
- Nájera, E. (2008). El origen del malestar en la cultura. [Cinta de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=sIMh2TUyUik>
- Freud, S. (1912). Tótem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos. En: *Obras completas*, vol. 13. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1921). *Psicología de las masas y análisis del yo*. En: *Obras completas*, vol. 14. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (2002). *El malestar en la cultura y otros ensayos*. Madrid, España: Alianza Editorial.

González, G. (2013). Experimento de la cárcel de Stanford. [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=HPbCHFkftb8>

Gueilburt, M. (Director). (2011). El escape de Hitler. [Documental]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=Hg-By9SsILU&t=108s>

Tylor, E. (1871). La ciencia de la cultura. En J, Kahn. (Ed.). *El concepto de cultura: textos fundamentales* (p. 29). Recuperado de http://datateca.unad.edu.co/contenidos/404011/UNIDAD_1_LA_CULTURA_COMO_CONSTRUCCION_SOCIOLOGICA/MALINOWSKI_Bronislaw_-El-Concepto-de-Cultura-Textos-Fundamentales-Kahn-J-S.pdf